Domingo 13 de setiembre de 1992

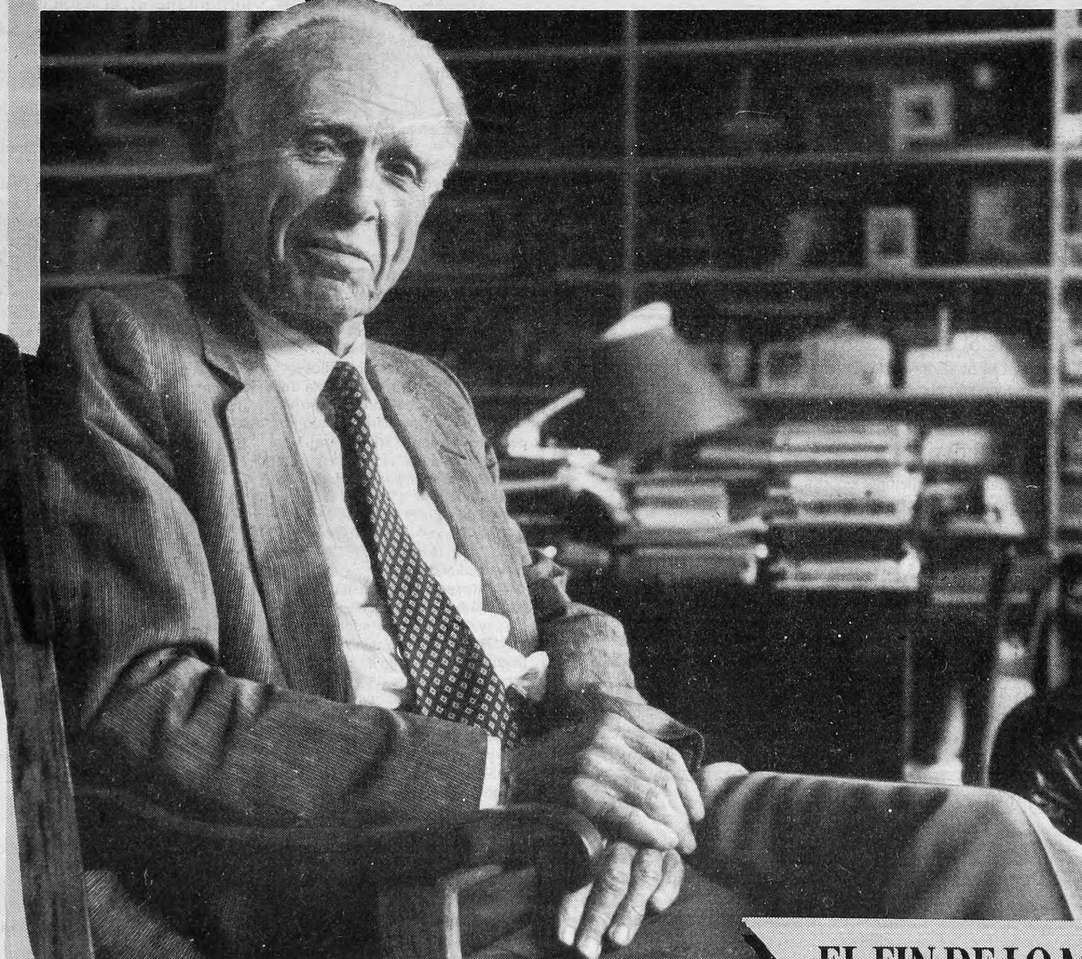
PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

AMERICA LATINA VISTA POR BIOY CASARES

Entre la civilización y la barbarie



En una entrevista concedida a Sergio Marras, el narrador de "El sueño de los héroes" traza una visión inesperada de las sociedades latinoamericanas, a las que define como "crueles y bárbaras". La conversación le permite pronunciarse también contra la posmodernidad y contra algunas instituciones venerables (páginas 2/3).

ANTICIPO EXCLUSIVO:

Un señor

SERGIO MARRAS

Entre abril y diciembre de 1991, el periodista chileno Sergio Marras entrevistó a dieciséis escritores de primer orden sobre un tema único: qué es América latina. La lista va de Jorge Amado y Carlos Fuentes a Onetti, Sabato y José Donoso. El valioso material ha sido reunido en un volumen, "América latina – Marca registrada" que Ediciones B difundirá a fines de mes. De ese conjunto se ha tomado aquí parte de la extensa entrevista a Adolfo Bioy Casares, notable por sus reflexiones sobre la argentinidad, la tradición y las utopías.

El departamento de Adolfo Bioy Casares mira hacia el cementerio de la Recoleta y también hacia la confitería La Biela. Me han advertido que no hablará de nada que no sea literatura. ¿Huye Bioy? Las paredes están repletas de estantes, de libros y fotografías. La pintura de los techos y paredes está descascarada. Su mujer, Silvina Ocampo, diez años mayor que él, descansa en un departamento contiguo. Hace algunos años que no se levanta.

—No sé por qué lo recibí, señor. Si hasta me había olvidado de que vendría hoy.

Traje a rayas, zapatos lustrados, las once de la mañana, un caballero. A los 78 años, seduce con el silencio de los campos vacíos. Una voz muy baja, una eterna sonrisa cortesana. "¿De dónde salió el apellido Bioy?", le pregunto. "Es bearnés, de los Pirineos atlánticos. ¿No lo sabía?" Y el diálogo empieza.

—*¿Diría que América latina fue una invención de los ensayistas próceres del siglo XIX?*

—Creo que sí. Hicieron un cóctel entre el romanticismo y el iluminismo.

—*A pesar de que eso no tuviera nada que ver con la realidad de estos pueblos.*

—Nada. Estos eran lugares vacíos a los que llegó gente de cultura extraña. Todo eso se combinó con la cultura europea y así salió lo que salió.

—*¿Supone que ese abismo entre la concepción del Estado, la concepción de las leyes y el pensamiento de la gente tuvo que ver con las desventuras de nuestros países?*

—Claro. En las ciudades, en las capitales, se seguía a los filósofos europeos. Por otro lado, había una realidad tensísima en el campo vacío... Un campo vacío poblado por personas bastante horribles que no podían amoldarse a los principios civilizados de los señores de las ciudades.

—*¿Los señores de las ciudades incorporaban esas ideas a su propia vida? ¿La civilización se reflejaba en su vida diaria?*

—Qué sé yo, no sé. Usted me pregunta sobre cosas que me exceden. Yo soy un simple contador de historias. He admirado muchísimo a Sarmiento cuando lo he leído, pero eso sucedió hace cuarenta años.

—*¿Se siente latinoamericano?*

—Yo no sé qué me siento; latinoamericano me siento a veces. Anteayer, por ejemplo, fui a la Caja Nacional de Ahorro y Seguros, donde daban premios a cincuenta personas: artistas, escritores, músicos, boxeadores, comentadores de deporte, bueno, de todo. Y mire, fíjese que en esa fiestita fue una de las primeras veces en la vida en que me sentí miembro de una comunidad, porque era una cosa sin pretensiones en la que había gente de todas partes. Me sentí, entonces, uno de ellos. Y me dio un placer comunitario muy distinto al que proclaman los políticos, que lo dejan a uno tan afuera. Estaba sentado al lado de Iris Marga, que es una actriz vieja de aquí, me sentí contento, muy agradado.

—*Se sintió argentino...*

—Argentino, sí, de esta sociedad que vive casualmente en este territorio...

—*Que está siendo imaginada por alguien...*

—Claro que sí. Por muchos simultáneamente.

—*¿Cómo definiría lo que es esta argentinidad, como escritor, como contador de historias, sin intentar hacer una definición sociológica?*

—No lo sé. La definiría como la lucha entre civilización y barbarie: entre la civilización que nos venía de afuera y la barbarie que se creaba en los espacios vacíos de acá. Me asombro bastante a veces, cuando veo ciudades como Buenos Aires, de que todo ande tan bien, y haya casas para que la gente viva, y calles para que los coches vayan de una parte a otra. Es raro que nuestro pueblo haya hecho esto.

—*No pensará usted que nuestras sociedades son, aún hoy, crueles y bárbaras.*

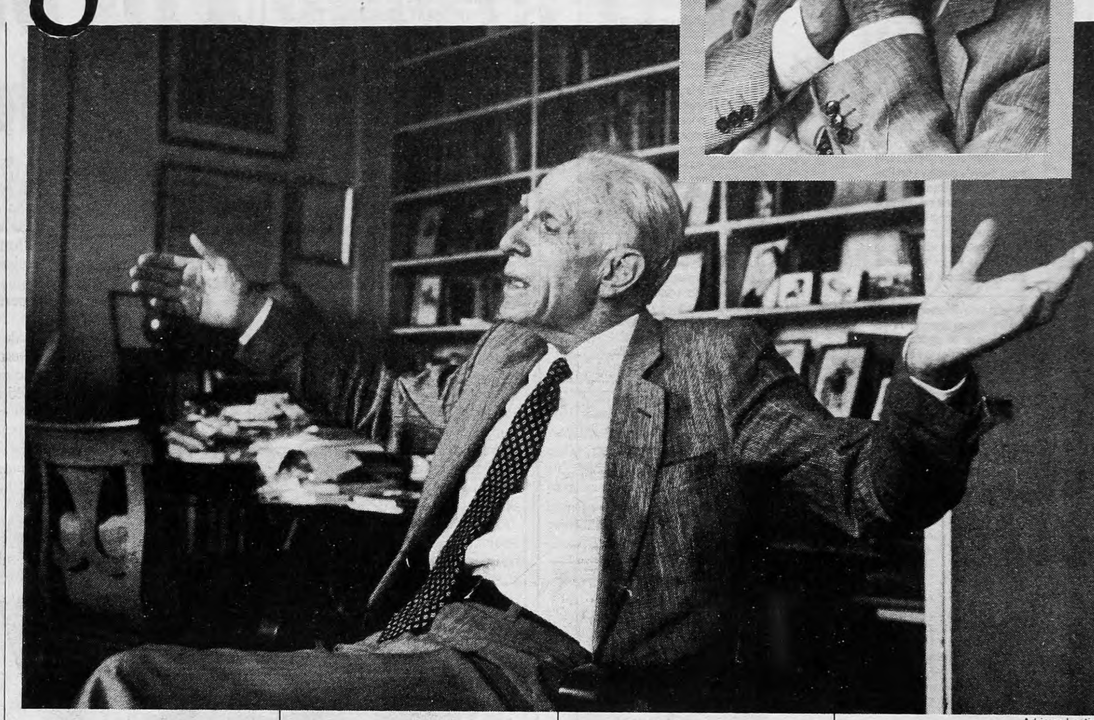
—Sí. Estamos llenos de ejemplos. Me acuerdo de algo que sucedió en el campo, un caso de gente buenísima. El marido, hombre muy bondadoso, no quería que la mujer y la hija fueran a un baile. Como de todos modos fueron al baile, ahorcó al perro de la familia, para vengarse, y lo dejó colgado de un árbol. Cuando las mujeres volvieron, vieron al perro colgado. El episodio refleja una crueldad infinita: un pobre animal es matado para castigar a otras personas.

—*¿Se podría usar ese episodio como una metáfora de lo que pasa con ciertos gobiernos?*

—Se puede usar con todo, desde luego. El trato con los animales es muy significativo. Por ejemplo, las cosas que se les hacen a los caballos para amansarlos son de una crueldad espantosa. Es como lo que hicieron con Túpac Amaru: el caballo es tirado desde todos los lados y con el lazo poco menos que lo ahorcan. Es terrible todo eso y la gente que lo hace no siente nada. Cuando yerran a los pobres terneros es insufrible. Viene un ternero inocente, que no conoce el trato del género humano, lo hacen correr y lo pialan, le tiran el

ENTREVISTA A BIOY CASARES

del siglo XIX



Adriana Lestido

Adriana Lestido

lazo a las patas, entonces cae el animal. No contentos de haberlo hecho una vez, lo patean y lo hacen caer dos o tres veces. Después uno le tira de la cola y mientras le tienen una pata agarrada le ponen la marca. Otros le cortan los cuernos y usted ve cómo sale de la base del cuerno un chorro de sangre como una fuente, y eso es lo que más le duele al animal. La marca le duele mucho menos. ¡Ahhh! Y mientras, otros le están cortando los huevos. Después de todo eso sale marcado, sin cuernos, sin huevos, sangrando, y lo pialan unas cuantas veces más. Después lo animan con patadas para que se pare y paliarlo otra vez.

—¿Y usted ve un símil de este comportamiento en lo que ha sido nuestra historia?

—Pienso que sí y pienso que acostumbrar a las personas a que sean tan indiferentes al dolor ajeno, en este caso al de un animal, las lleva a ser muy crueles en la vida, en cualquier situación en que se encuentren. Actuarán de un modo tan implacable como han tratado a ese ternero.

—Usted se ha declarado anarquista. ¿Por qué?

—Porque aborrezco toda autoridad y nada me desagrada tanto y me da tanta vergüenza como ejercer autoridad sobre alguien.

—En América latina hay instituciones basadas sobre el principio de autoridad, sobre la jerarquía, como las Fuerzas Armadas, la Iglesia Católica, el aparato del Estado. ¿Cuál es su idea de esas instituciones?

—Ni Ejército ni Iglesia me resultan demasiado simpáticos, para decirlo eufemísticamente, y el aparato del Estado me parece que es nada más que la civilización que está luchando una guerra sin esperanza, porque si bien nunca podrá haber un gobierno simpático y agradable, no hay más remedio que establecer autoridad y jueces y ese tipo de cosas.

—¿Cómo cree que ha influido la Iglesia en nuestra constitución como individuos latinoamericanos?

—La Iglesia yo creo que, en general, más bien ha hecho fanáticos. Pero no hay nada que hacer. Fíjese que yo tenía la impresión, cuando era joven, de que en la Argentina casi todo hombre, si no era librepensador, no era practicante. Vino el Congreso Eucarístico de 1932 y todo el país fue católico, los hombres comenzaron a entrar a la iglesia y no se quedaban afuera como en mi juventud. Algún amigo mío, librepensador y escritor culto e inteligente, se confesó y comulgó a vista de todo el mundo. Ahí me di cuenta de que era algo con lo que tendríamos que vivir.

—¿Reformaría estas instituciones?

—Bueno, es muy difícil saber qué hay que hacer, yo no soy partidario de la represión. Además creo que si las prohibimos florecerán con un vigor renovado. Fíjese usted en el hecho de que una vieja y poderosa religión como la católica está perdiendo prestigio y la gente ahora se hace evangelista con mucho entusiasmo. Con eso está todo dicho. Sucede como un consuelo frente a una desilusión. El problema de la gente ya no es que va a ser racionalista, sino que va a ser evangelista.

—¿Y los ejércitos? ¿Por qué la política de los países latinoamericanos ha dependido durante tanto tiempo de sus ejércitos?

—La tradición...

—¿La tradición?

—Sí, ahí están, siempre... Hay gente que ama todo eso. Son muy testarudos. Y si han actuado como han actuado, no sé, todos tenemos la culpa. Me da mucha rabia aceptar eso porque yo sí que no tengo ninguna culpa de que ciertos acontecimientos hayan ocurrido. Pero quiero decir que quizás esto haya ocurrido posiblemente porque en la democracia —estoy hablando de la República Argentina, no tengo idea cómo son los partidos en su país— hemos votado por gente espantosa que el país entero ha deseado que cayera. Han venido los militares y han hecho la revolución, hasta yo mismo les agradecí casi por cinco minutos, aunque después he tenido motivos para arrepentirme de ese agradecimiento. Lo cierto es que llega un momento en que los gobiernos son tan malos que la gente acepta cualquier cosa con tal de que cambien.

He estado ayer en la heladería, y alguna gente hablaba del pésimo gobierno, y alguien dijo que una señora vieja le había dicho que está por caer. Ah sí, bueno, respondió el otro, ojalá que caiga. Después cae y viene otro. Yo tengo como norma no tener nada que ver con la política y nunca me he arrepentido. A veces, incluso, no he apoyado a algún gobierno que parecía tener mis ideales, aunque me haya sentido poco generoso, pero, sólo así, nunca he tenido que arrepentirme por nada. Cada vez que he apoyado a alguno, me he avergonzado después.

—Si en verdad ha llegado el fin de las utopías y si en verdad ya no sirven los modelos conocidos, ¿se podrá vivir sin ellos?

—No creo que sea posible, porque uno puede tener un recuerdo fresco de los fracasos de este momento, pero nadie puede impedir que alguien piense en la posibilidad de un gobierno perfecto y entonces cualquier teórico escribirá sobre eso y algunos que se sientan con ganas de ejercer el poder lo tomarán como pretexto. Así que creer que la historia ha concluido me parece una ingenuidad extraordinaria.

—¿Cómo se imagina usted una nueva utopía, por dónde ve que podría ir?

—Yo creo que usted me está confundiendo. Yo soy un relator de historias de amor y de historias fantásticas. ¿Qué miércoles sé yo de todo esto? ¡Nada!

—Las historias de amor y las historias fantásticas tienen que ver con las utopías. ¿No son lo mismo?

—¡Qué van a ser lo mismo! Si fueran lo mismo yo podría ejercer la pediatría, ser psicoanalista, ser filósofo, y no soy ninguna de esas cosas...

—Cuando usted está contando una historia, ¿acaso no está contando también una utopía?

—No. Todas las historias con utopías son pésimas, inclusive la de mi amigo George Orwell. Yo, que soy un escritor frívolo, sé que no he de intentar ese experimento porque me va a salir mal. A Orwell, a quien estimo muchísimo, le salió pésimo su *1984*. (...) Soy un escéptico. Y además de ser escéptico soy liberal y anticlerical: un señor del siglo XIX.

—Esa definición suena extraña en quien ha creado un personaje como el de La invención de Morel*, que vivía dentro de una atmósfera de eterno retorno.*

—Yo hago literatura fantástica y no quiere decir que yo crea en el eterno retorno. Para mí es como si fuera una aventura mental, me interesa lo que la imaginación y la inteligencia pueden descubrir trabajando en argumentos, en situaciones, pero yo no estoy poniendo la invención de Morel como una utopía para que tratemos de vivirla... Por otra parte, si me gustaría vencer la mortalidad, porque me encanta la vida y me gustaría vivir para siempre. Si me dieran un contrato que me asegurara la vida eterna o siquiera para mil años, lo firmaría sin siquiera examinarlo, pero eso no quiere decir que yo haga esas cosas para imponerlas. Son comentarios sobre la realidad y sus posibilidades.

—¿Por qué todo lo imagina sobre la base de razonamiento? ¿Sólo la razón pura es válida para usted?

—No creo que la razón sin sensibilidad pueda mucho, pero lo que quiero decirle es que para mí la razón pura no es una expresión peyorativa. En todo caso, no se puede ser inteligente sin sensibilidad.

—Usted se acaba de definir como "un señor del siglo XIX". ¿Por qué del siglo XIX y no del siglo XX?

—Porque eso está dicho en broma, porque usted estaba diciendo que el siglo XX debe caracterizarse por los ensayos políticos frustrados que ha tenido. Bueno, entonces usted me permitirá que me ponga en el siglo diecinueve. Yo no rechazo muchas cosas del siglo veinte. El siglo veinte es mucho más que la frustración de las utopías. Pero si creer en la libertad, si estar en contra de las supersticiones, si creer en la inteligencia son cosas ya dejadas atrás por el siglo XX, entonces soy del siglo XIX, aunque no creo que el siglo XX las haya dejado realmente atrás.

—¿Usted siente que hay una tendencia en esta última época, dentro de lo que se ha llamado el posmodernismo, a poner en duda todos esos valores globales para dejarlos en el ámbito de lo privado?

—¿Quiere que le confiese una cosa? No sé qué mierda es el posmodernismo, porque no tengo ninguna curiosidad para saber esas cosas. Así que no sé. No le puedo contestar si soy posmoderno o premoderno. Me importa un cuerno. Y además las tendencias tienden a creerse un ejemplo, y las tendencias predominantes son más bien malas. La gente muy fácilmente se entusiasma con idioteces, por eso van a ver a la adivina, por eso están siempre de moda los astrólogos, por eso se cree en el psicoanálisis, en fin.

—¿Usted cree que entusiasmarse con idioteces es propio de todas las épocas?

—De todas las épocas, porque la gente está descontenta, muy justificadamente, de sus limitaciones, y en vez de buscar un camino racional para superarlas, que es costoso, duro, exige mucho, se busca un adivino que con una varita mágica arregle las cosas.

—Es muy interesante cómo sus pensamientos privados pueden ser metáforas que tienen que ver con la vida colectiva...

—Bueno, usted me lleva a hablar de la vida colectiva. Y entonces, ¿cómo no voy a hablar de la vida colectiva si usted me pregunta cosas?

—Esas metáforas que usted refiere al individuo, ¿no tienen que ver también con la vida de nuestros países?

—De nuestros países, sí, probablemente de todos los países del mundo, ya que siempre hay adivinos, siempre hay oscurantismo, siempre hay una propensión a interesarse en el oscurantismo, que no ha dado a lo largo de los siglos nada útil; y sin embargo todos lo buscan.

—Pero eso que usted decía de intentar estar en las modas o de vivir librescamente, ¿no considera que es propio de nuestras clases políticas, por ejemplo?

—¡Qué va a vivir la clase política librescamente! ¡Por favor, qué homenaje quiere que les haga, no!

—No lo digo porque necesariamente lean libros, sino porque asumen ideas librescas... No las contrastan con sus propias realidades hasta que ha llegado la tragedia.

—Y bueno, no hay otra. La humanidad ha pensado con los libros, a través de los libros, y el ingenuo que no lee y el que lee está repitiendo la misma idea de algún libro. Ahora, en cuanto a que no las digieren, seguramente.

Best Sellers///

Ficción

	Título	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, la profecía de los sueños.	1	6
2	*El amante*, por Marguerite Duras (Tusquets, 13 pesos). El film de Jean-Jacques Annaud resucita esta novela publicada hace ocho años, en la que Duras narra —con su prosa seca y luminosa— el amor de una francesa de quince años —ella misma— con un chino de treinta y dos.	2	4
3	*Cuando digo Magdalena*, por Alicia Steimberg (Planeta, 12,40 pesos). Novela ganadora del Premio Planeta Biblioteca del Sur, cuenta el fin de semana que pasa en una estancia un grupo de personas participante de un curso de control mental. La voz que narra es la de una mujer perturbada, aparentemente, por lo sucedido.	3	5
4	*Del otro lado del amor*, por Jacqueline Briskin (Emecé, 19 pesos). Historia de amor entre un judío norteamericano y una atleta alemana durante las Olimpíadas de Berlín en 1936 y después, durante la guerra.	—	1
5	*La ciudad ausente*, por Ricardo Piglia (Sudamericana, 11 pesos). La novela teje a partir de un eje móvil —el vacío del mundo que se abre para Macedonio Fernández cuando muere su mujer—, y de una máquina de contar, un asombroso relato de la Argentina última, visible y sin embargo desconocida.	4	14
6	*La suma de todos los miedos*, por Tom Clancy (Emecé, 26 pesos). Jack Ryan, legendario personaje de Clancy, es ahora un alto funcionario de inteligencia que concibe un plan de paz para Medio Oriente. El plan fracasa y estalla una crisis nuclear mundial.	5	9
7	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al nuevo mundo como panorámico telón de fondo.	7	43
8	*Crazy Cock*, por Henry Miller (Emecé, 14 pesos). Triángulo amoroso entre un escritor del Village, su mujer y una amiga deslumbradora. Primera novela de Miller, inédita desde 1927.	—	1
9	*El canto del elefante*, por Wilbur Smith (Emecé, 18 pesos). Un naturista mundialmente famoso, Daniel Amstrong, inicia una cruzada para salvar a los animales en Zimbabwe. En Londres se le suma una joven antropóloga.	6	15
10	*Tratamiento de shock*, por James Hadley Chase (Emecé, 11 pesos). Reescritura de *Pacto de sangre*, la famosa novela de Caine, en la que el triángulo amoroso está integrado por un experto en televisión, una mujer loca por el dinero y un marido inválido.	—	1

Historia, ensayo

	Título	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Diana, su verdadera historia*, por Andrew Morton (Emecé, 16 pesos). Biografía no autorizada que irritó a la familia real británica y cuyas ondas expansivas siguen amenazando la estabilidad del trono.	1	6
2	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	6	63
3	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Seis personajes a través de quienes se intenta desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación cuyo objetivo es revelar quién ejerce el poder real en el país.	3	22
4	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos). ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	5	40
5	*El nacimiento del mundo moderno*, por Paul Johnson (Vergara, 22 pesos). El autor de *Tiempos modernos* pone el foco en los quince años de ideas, tecnologías e inventos nuevos y en figuras como Delacroix, Hegel, Jane Austen, Bolívar, Victor Hugo y Goethe, que marcaron el siglo XIX y prefiguraron los tiempos actuales.	4	4
6	*El fin de la historia y el último hombre*, por Francis Fukuyama (Planeta, 19,50 pesos). Fukuyama, un asesor del Departamento de Estado norteamericano, generó una polémica de decibeles inesperados con la publicación de un artículo de pocas páginas. A lo largo del libro, responde si existe una dirección en la historia del hombre y si en verdad terminó.	7	12
7	*El poder está dentro de ti*, por Louise L. Hay (Urano, 15 pesos). Lo que ya el título adelanta: cómo aprovechar las energías ocultas e influir sobre las personas.	—	1
8	*Misión cumplida*, por Martín Granovsky (Planeta, 17,80 pesos). La historia de la presión norteamericana sobre la Argentina, de Braden a Todman. Y todos los entretelones sobre cómo "el virrey" Todman anudó las relaciones carnales con el gobierno de Carlos Menem.	8	8
9	*Te quiero, pero...*, por Mauricio Abadi (Ediciones BETA, 14 pesos). El psiquiatra y psicoanalista Abadi —asiduo visitante de los medios de comunicación— escribe un libro sobre "los problemas de pareja hoy". El autor recurre a un triángulo amoroso del que participan él y dos lectoras imaginarias.	10	14
10	*La cultura de la satisfacción*, por John Kenneth Galbraith (Emecé, 15 pesos). Figura mayor de la economía contemporánea, John Kenneth Galbraith analiza y denuncia el egoísmo y la ceguera de los prósperos.	6	4

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Noé Jitrik: **Citas de un día** (Alfaguara). En el cumpleaños de un anciano escritor, la visita de tres mujeres recrea, con austeridad y a media voz, la tragedia del rey Lear y los yertos crepúsculos del amor.

Philippe Ariès: **El hombre ante la muerte** (Taurus) Publicada originalmente hace quince años en Francia y hace diez en España, esta obra mayor de la "nouvelle histoire" sigue siendo la guía más completa y erudita sobre el encuentro del hombre con su propio fin.

Reinaldo Arenas: **Antes que anochezca** (Tusquets). Como un Céline de los tiempos modernos, aquejado por el odio y por el SIDA, Arenas construye su mejor obra: un retrato feroz de su enfermedad y de la Cuba de Castro.

Marta Cichero: **Cartas peligrosas** (Planeta). Un impecable y exhaustivo documento sobre el debate entre Perón y Hernán Benítez —el confesor de Evita— a propósito de la Iglesia, la violencia y la memoria.

Carnets///

ENSAYO

Los primeros explotados

COACCION Y MERCADO, LA MINERIA DE LA PLATA EN EL POTOSI COLONIAL, 1692-1826, Enrique Tandeter, Buenos Aires, Sudamericana, 1992, 318 páginas.

La búsqueda de oro y riquezas, honores y fortuna fue uno de los factores que impulsaron a los españoles llegados a América. El dominio español se organizó en cierta medida tras el mismo afán, la misma búsqueda. A partir de allí se creó un nuevo mundo que ya no fue ni el de los indígenas, ni el de los europeos. La extracción de metales preciosos de las colonias americanas respondía a ese impulso común de la Corona y los colonizadores. La minería de la plata en México y Perú se constituyó en punto central de la organización del sistema económico colonial. El cerro rico de Potosí, en lo que es hoy Bolivia, era una inmensa montaña de plata que permitió extraer en los largos siglos del período colonial más metal que el obtenido de los yacimientos de Zacatecas y Guanajuato en México durante el mismo período.

Enrique Tandeter, profesor de la Universidad de Buenos Aires, estudia en este libro la historia de lo que alguna vez se pensó fue el ciclo de decadencia en la extracción de plata del Potosí durante el siglo XVIII, y que demuestra fue, en realidad, el de una recuperación relativamente modesta. Según el autor, son los mecanismos de esta recuperación el tema central de su libro, pero el lector encontrará bastante más. Primero, el análisis del complejo mundo del trabajo que se constituyó a partir de la minería de la plata. Este abarcaba desde la ominosa institución del trabajo forzado a través de la mita, hasta el de los trabajadores cuyo salario se establecía en el mercado, y esa peculiar combinación de mitayos y asalariados libres en las excursiones finisemanales de robo honesto que constituían *el kajcheo*, una forma de trabajo independiente para extraer el metal. No es difícil percibir en esta descripción el surgimiento de una persistente y ambigua tradición de dominio y explotación, de sumisión y resistencia, opresión y libertad en el mundo andino.

Tandeter analiza también la organización de la producción, las características de las empresas y empresarios mineros, su vinculación con el comercio, el crédito y el Estado colonial. Era justamente la separación entre propietarios de la explotación minera y los encargados de su explotación, los arrendatarios azogueros, el factor que llevó a aumentar



ENSAYO

El injerto

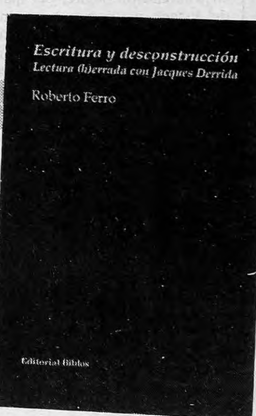
ESCRITURA Y DESCONSTRUCCION. LECTURA (H)ERRADA CON JACQUES DERRIDA, por Roberto Ferro. Editorial Biblos, Buenos Aires, 1992. 180 páginas. 11 pesos.

Más mentado que leído, el filósofo francés Jacques Derrida viajó hace pocos años a Buenos Aires, acaso para ratificar el costado anecdótico de su fama. En contrapartida, el autor de obras como *De la Gramatología; La escritura y la diferencia; La Diseminación; La tarjeta postal, de Freud a Lacan y más allá*, entre otras, condensa a partir de una actividad de *lectura* diferente, una serie de términos que en el campo de la teoría han cobrado un lugar destacado. Particularmente, en tanto operación y concepto, la llamada *desconstrucción*, verdadero intento de desmontaje del pensamiento occidental desde los pilares que lo sustentan.

Como se trata en el texto de Roberto Ferro de una lectura "con J. Derrida" y no "de", *Escritura y desconstrucción* dista mucho de ser una glosa de la obra de Derrida; pero además, al proponérsela *errada* y *herrada*, abre —proporcionando las acepciones del diccionario—, una suerte de gran angular sobre el tan reiterado y malversado término "lectura". *Errada*, de error y desplazamiento, propicia el libre recorte de los textos derrideanos, al tiempo que *herrada*, como ceñimiento, habla de rigor.

Conforma así una trama ensayística donde aparecen los puntos nodales de ese pensamiento complejo, abarcativo y de un estilo expositivo que valora la dificultad. Es importante —sobre todo por cierta mala práctica que tiende a presentar fragmentariamente a pensadores como Foulcault, Derrida, etc. sin referencia al lugar y momento donde surgen y en polémica con qué— el trabajo de contextualización que Ferro efectúa ubicando a Derrida en el marco del pensamiento francés a partir de la década del '50 y posteriormente, respecto de lo que se ha denominado —no sin conflicto— *posestructuralismo*. Asimismo, al hablar de la relación de Derrida con, por ejemplo, Husserl, Heidegger o Saussure, se explicitan y confrontan concepciones sujetas a polémicas.

El par libertad/rigor que impulsa la escritura de Ferro se despliega también en los tres extensos capítulos referidos a los conceptos claves en Derrida de *diferencia, escritura y desconstrucción* para, junto con una biografía y una extensa y cuidada bibliografía, contestar a un lector que preguntara ¿quién es Derrida?



Pero con un plus. La operación crítica de Ferro bien puede definirse como *injerto*: exhibición de las fracturas en las dos voces contrapunteadas. El sentido de este texto —contra la actitud de "aplicación" o "calco" de un "modelo" de pensamiento—, es de incorporación productiva de ideas ancladas en oposiciones y derivaciones, marcas y diferencias, para ser, lejos de la erudición pretenciosa o rendición à la page, cuestionamiento permanente de lo que se presenta —así esto sea el mismo pensamiento derrideano— como la verdad dada.

SUSANA CELLA

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, la profecía de los sueños.	1	6
2	*El amante*, por Marguerite Duras (Tusquets, 13 pesos). El film de Jean-Jacques Annaud resucita esta novela publicada hace ocho años, en la que Duras narra —con su prosa seca y luminosa— el amor de una francesa de quince años —ella misma— con un chino de treinta y dos.	2	4
3	*Cuando digo Madgalena*, por Alicia Steimberg (Planeta, 12,40 pesos). Novela ganadora del Premio Planeta Biblioteca del Sur, cuenta el fin de semana que pasa en una estancia un grupo de personas participante de un curso de control mental. La voz que narra es la de una mujer perturbada, aparentemente, por lo sucedido.	3	5
4	*Del otro lado del amor*, por Jacqueline Briskin (Emecé, 19 pesos). Historia de amor entre un judío norteamericano y una atleta alemana durante las Olimpíadas de Berlín en 1936 y después, durante la guerra.	—	1
5	*La ciudad ausente*, por Ricardo Piglia (Sudamericana, 11 pesos). La novela teje a partir de un eje móvil —el vacío del mundo que se abre para Macedonio Fernández cuando muere su mujer —, y de una máquina de contar, un asombroso relato de la Argentina última, visible y sin embargo desconocida.	4	14
6	*La suma de todos los miedos*, por Tom Clancy (Emecé, 26 pesos). Jack Ryan, legendario personaje de Clancy, es ahora un alto funcionario de inteligencia que concibe un plan de paz para Medio Oriente. El plan fracasa y estalla una crisis nuclear mundial.	5	9
7	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al nuevo mundo como panorámico telón de fondo.	7	43
8	*Crazy Cock*, por Henry Miller (Emecé, 14 pesos). Triángulo amoroso entre un escritor del Village, su mujer y una amiga deslumbradora. Primera novela de Miller, inédita desde 1927.	—	1
9	*El canto del elefante*, por Wilbur Smith (Emecé, 18 pesos). Un naturista mundialmente famoso, Daniel Amstrong, inicia una cruzada para salvar a los animales en Zimbabwe. En Londres se le suma una joven antropóloga.	6	15
10	*Tratamiento de shock*, por James Hadley Chase (Emecé, 11 pesos). Reescritura de *Pacto de sangre*, la famosa novela de Caine, en la que el triángulo amoroso está integrado por un experto en televisión, una mujer loca por el dinero y un marido inválido.	—	1

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Diana, su verdadera historia*, por Andrew Morton (Emecé, 16 pesos). Biografía no autorizada que irritó a la familia real británica y cuyas ondas expansivas siguen amenazando la estabilidad del trono.	1	6
2	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	6	63
3	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Seis personajes a través de quienes se intenta desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación cuyo objetivo es revelar quién ejerce el poder real en el país.	3	22
4	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos). ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	5	40
5	*El nacimiento del mundo moderno*, por Paul Johnson (Vergara, 22 pesos). El autor de *Tiempos modernos* pone el foco en los quince años de ideas, tecnologías e inventos nuevos y en figuras como Delacroix, Hegel, Jane Austen, Bolívar, Victor Hugo y Goethe, que marcaron el siglo XIX y prefiguraron los tiempos actuales.	4	4
6	*El fin de la historia y el último hombre*, por Francis Fukuyama (Planeta, 19,50 pesos). Fukuyama, un asesor del Departamento de Estado norteamericano, generó una polémica de decibeles inesperados con la publicación de un artículo de pocas páginas. A lo largo del libro, responde si existe una dirección en la historia del hombre y si en verdad terminó.	7	12
7	*El poder está dentro de ti*, por Louise L. Hay (Urano, 15 pesos). Lo que ya el título adelanta: cómo aprovechar las energías ocultas e influir sobre las personas.	—	1
8	*Misión cumplida*, por Martín Granovsky (Planeta, 17,80 pesos). La historia de la presión norteamericana sobre la Argentina, de Braden a Todman. Y todos los entretelones sobre cómo "el virrey" Todman anudó las relaciones carnales con el gobierno de Carlos Menem.	8	8
9	*Te quiero, pero...*, por Mauricio Abadi (Ediciones BETA, 14 pesos). El psiquiatra y psicoanalista Abadi —asiduo visitante de los medios de comunicación— escribe un libro sobre "los problemas de pareja hoy". El autor recurre a un triángulo amoroso del que participan él y dos lectoras imaginarias.	10	14
10	*La cultura de la satisfacción*, por John Kenneth Galbraith (Emecé, 15 pesos). Figura mayor de la economía contemporánea, John Kenneth Galbraith analiza y denuncia el egoísmo y la ceguera de los prósperos.	6	4

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Noé Jitrik: **Citas de un día** (Alfaguara). En el cumpleaños de un anciano escritor, la visita de tres mujeres recrea, con austeridad y a media voz, la tragedia del rey Lear y los yertos crepúsculos del amor.

Philippe Ariès: **El hombre ante la muerte** (Taurus) Publicada originalmente hace quince años en Francia y hace diez en España, esta obra mayor de la "nouvelle histoire" sigue siendo la guía más completa y erudita sobre el encuentro del hombre con su propio fin.

Reinaldo Arenas: **Antes que anochezca** (Tusquets). Como un Céline de los tiempos modernos, aquejado por el odio y por el SIDA, Arenas construye su mejor obra: un retrato feroz de su enfermedad y de la Cuba de Castro.

Marta Cichero: **Cartas peligrosas** (Planeta). Un impecable y exhaustivo documento sobre el debate entre Perón y Hernán Benítez —el confesor de Evita— a propósito de la Iglesia, la violencia y la memoria.

Carnets///

ENSAYO

Los primeros explotados

COACCION Y MERCADO, LA MINERIA DE LA PLATA EN EL POTOSI COLONIAL, 1692-1826, Enrique Tandeter, Buenos Aires, Sudamericana, 1992, 318 páginas.



La búsqueda de oro y riquezas, honores y fortuna fue uno de los factores que impulsaron a los españoles llegados a América. El dominio español se organizó en cierta medida tras el mismo afán, la misma búsqueda. A partir de allí se creó un nuevo mundo que ya no fue ni el de los indígenas, ni el de los europeos. La extracción de metales preciosos de las colonias americanas respondía a ese impulso común de la Corona y los colonizadores. La minería de la plata en México y Perú se constituyó en punto central de la organización del sistema económico colonial. El cerro rico de Potosí, en lo que es hoy Bolivia, era una inmensa montaña de plata que permitió extraer en los largos siglos del período colonial más metal que el obtenido de los yacimientos de Zacatecas y Guanajuato en México durante el mismo período.

Enrique Tandeter, profesor de la Universidad de Buenos Aires, estudia en este libro la historia de lo que alguna vez se pensó fue el ciclo de decadencia en la extracción de plata del Potosí durante el siglo XVIII, y que demuestra fue, en realidad, el de una recuperación relativamente modesta. Según el autor, son los mecanismos de esta recuperación el tema central de su libro, pero el lector encontrará bastante más. Primero, el análisis del complejo mundo del trabajo que se constituyó a partir de la minería de la plata. Este abarcaba desde la ominosa institución del trabajo forzado a través de la mita, hasta el de los trabajadores cuyo salario se establecía en el mercado, y esa peculiar combinación de mitayos y asalariados libres en las excursiones finisemanales de robo honesto que constituían *el kajcheo*, una forma de trabajo independiente para extraer el metal. No es difícil percibir en esta descripción el surgimiento de una persistente y ambigua tradición de dominio y explotación, de sumisión y resistencia, opresión y libertad en el mundo andino.

Tandeter analiza también la organización de la producción, las características de las empresas y empresarios mineros, su vinculación con el comercio, el crédito y el Estado colonial. Era justamente la separación entre propietarios de la explotación minera y los encargados de su explotación, los arrendatarios azogueros, el factor que llevó a aumentar durante el siglo XVIII la explotación de los trabajadores. Fue ésta la fórmula hallada por los azogueros para incrementar la renta, más significativa que las eventuales ganancias, y cuya apropiación implicaba un conflicto con los propietarios.

Es ese esclarecedor análisis el que le permite reconstruir la racionalidad económica de un sistema que no puede explicarse sin la renta mitaya. Sistema excepcional incluso frente a otras formas de coacción, dado que la reproducción de la fuerza de trabajo y su manutención durante períodos de desempleo estaban a cargo de la comunidad indígena y que incluso el salario nominal difícilmente cubría las necesidades inmediatas. Es también este análisis el que abre interrogantes sobre el destino de esa renta.

El libro concluye con una comparación con la minería novohispana, sobre la que se cuenta con una bibliografía más abundante, que muestra claramente la excepcionalidad de la minería potosina. La existencia de una renta del trabajo permitió a los productores mineros continuar y aun expandir la producción de plata durante el siglo XVIII, a partir de un aumento de la explotación de la mano de obra forzada, a la vez que inhibió las inversiones y convirtió esa expansión en comparativamente moderada.

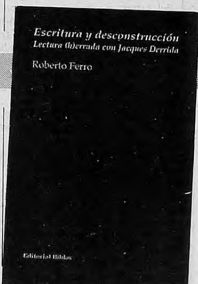
Junto al trabajo de un reducido grupo de historiadores dedicados a los estudios andinos, este libro de Enrique Tandeter constituye un destacadísimo aporte a la renovación de esos estudios. Es también signo de otra renovación. Durante los últimos años surgió en la Argentina un núcleo de especialistas, que ya ha comenzado a disgregarse, que auguraba una expansión de los estudios coloniales en nuestro país. Este libro es también una contribución importante a esta otra renovación que es de esperar no quede inconclusa, como tantas en el pasado.

JUAN CARLOS KOROL

ENSAYO

El injerto

ESCRITURA Y DESCONSTRUCCION. LECTURA (H)ERRADA CON JACQUES DERRIDA, por Roberto Ferro. Editorial Biblos, Buenos Aires, 1992. 180 páginas. 11 pesos.



Más mentado que leído, el filósofo francés Jacques Derrida viajó hace pocos años a Buenos Aires, acaso para ratificar el costado anecdótico de su fama. En contrapartida, el autor de obras como *De la Gramatología; La escritura y la diferencia; La Diseminación; La tarjeta postal, de Freud a Lacan y más allá*, entre otras, condensa a partir de una actividad de *lectura* diferente, una serie de términos que en el campo de la teoría han cobrado un lugar destacado. Particularmente, en tanto operación y concepto, la llamada *desconstrucción*, verdadero intento de desmontaje del pensamiento occidental desde los pilares que lo sustentan.

Como se trata en el texto de Roberto Ferro de una lectura "con J. Derrida" y no "de", *Escritura y desconstrucción* dista mucho de ser una glosa de la obra de Derrida; pero además, al proponérsela *errada* y *herrada*, abre —proporcionando las acepciones del diccionario—, una suerte de gran angular sobre el tan reiterado y malversado término "lectura". *Errada*, de error y desplazamiento, propicia el libre recorte de los textos derrideanos, al tiempo que *herrada*, como ceñimiento, habla de rigor.

Conforma así una trama ensayística donde aparecen los puntos nodales de ese pensamiento complejo, abarcativo y de un estilo expositivo que valora la dificultad. Es importante —sobre todo por cierta mala práctica que tiende a presentar fragmentariamente a pensadores como Foulcault, Derrida, etc. sin referencia al lugar y momento donde surgen y en polémica con qué— el trabajo de contextualización que Ferro efectúa ubicando a Derrida en el marco del pensamiento francés a partir de la década del '50 y posteriormente, respecto de lo que se ha denominado —no sin conflicto— *posestructuralismo*. Asimismo, al hablar de la relación de Derrida con, por ejemplo, Husserl, Heidegger o Saussure, se explicitan y confrontan concepciones sujetas a polémicas.

El par libertad/rigor que impulsa la escritura de Ferro se despliega también en los tres extensos capítulos referidos a los conceptos claves en Derrida de *diferencia, escritura y desconstrucción* para, junto con una biografía y una extensa y cuidada bibliografía, contestar a un lector que preguntara ¿quién es Derrida?

Pero con un plus. La operación crítica de Ferro bien puede definirse como *injerto*: exhibición de las fracturas en las dos voces contrapunteadas. El sentido de este texto —contra la actitud de "aplicación" o "calco" de un "modelo" de pensamiento—, es de incorporación productiva de ideas ancladas en oposiciones y derivaciones, marcas y diferencias, para ser, lejos de la erudición pretenciosa o rendición à la page, cuestionamiento permanente de lo que se presenta —así esto sea el mismo pensamiento derrideano— como la verdad dada.

SUSANA CELLA

FICCION

Otra guerra fría

LA SUMA DE TODOS LOS MIEDOS, por Tom Clancy. Emecé Editores, 790 páginas.

Campea cierta nostalgia de los tiempos en que la Guerra Fría era un juego de patriotas, a un lado y a otro de los ex contendientes: capitalismo y comunismo. Era la época donde los guerreros medían sus fuerzas en un equilibrio bélico siniestro que, al menos, tenía el regusto de una lucha de varones. Aquellos viejos tiempos han terminado, porque se cayó como un simple alambre tejido el Muro de Berlín y se esfumó como una vulgar voluta de humo el espíritu bolchevique. Sin embargo, para Tom Clancy los buenos siguen siendo los mismos de antaño y los malos de entonces crearon con su ideología a los perversos de siempre, el terrorismo internacional, ahora convertido a la causa de los palestinos.

La suma de todos los miedos es la novela clásica de un escritor que se resiste a perder la tensión prebélica que brindaba la rivalidad entre los dos sistemas político-económicos que añora el conflicto y las operaciones especiales de los espías de la CIA o del KGB, y que busca con afán de mastín en celo un nuevo rival de fuste que justifique el mantenimiento de los gastos en armas de guerra. Clancy ficciona aquí que el mundo se encamina hacia la paz, pero así también aparecen en escena los que se oponen a tan buen propósito. El gobierno norteamericano consigue armar un plan de estabilidad para el trasegado Medio Oriente después del surgimiento del Nuevo Orden Mundial, en el que participan todas las religiones que nacieron en la región. Pero nadie contó con la capacidad del terrorismo que decide hacer estallar el acuerdo de paz, tratando de retrotraer la situación a los últimos años de la década pasada.

El autor desperdiga unas cuantas bombas de tiempo en los primeros capítulos del extenso volumen que, como es obvio, explotan a lo largo del texto. La técnica, aunque conocida, ofrece la ventaja del misterio y el suspenso que Clancy maneja con oficio y ritmo cinematográficos. Los conocimientos del lenguaje y los códigos militares le dan un handicap justificado para crear un clima que tiene todos los ingredientes imprescindibles para atrapar al lector, más allá del ideario del escritor.

Clancy urde una gran conspiración nuclear, aderezada con una impecable batalla entre submarinos, al estilo de *La caza al Octubre Rojo*, mezclada con las intrigas de palacio en Washington y la rivalidad latente que aún subsiste entre dos grandes challengers: el Kremlin y la Casa Blanca.

EDUARDO BARCELONA

BIOGRAFIA

Creer o no creer

DIANA, SU VERDADERA HISTORIA, por Andrew Morton. Editorial Emecé, 222 páginas.

Pocos son los que pueden jactarse de no ceder, aunque sea de vez en cuando, a la tentación del chisme. Incluso los ingleses —tan respetuosos de la vida privada, tan reservados— han sucumbido a las delicias de la mirada propia en las vidas ajenas. Sobre todo, por supuesto, cuando se trata de curiosear no en las intimidades del vecino (que después de todo no deben ser tan diferentes de las propias) sino en los hasta hace poco silenciosos escándalos que sacudían secretamente las relaciones entre los miembros de la caricaturesca familia real británica, en la què —según parece— las relaciones matrimoniales nunca fueron demasiado apacibles.



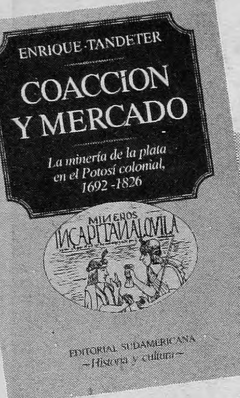
Porque dentro de todo (exceptuando quizá las conocidas escapadas del principito Andrés —finalmente no tan heredero al trono como su poco agraciado hermano Carlos— con la famosa actriz porno Katherine "Koo" Stark) la primera plana de la Familia Real no había, hasta hace poco, dado demasiado que hablar. Hasta hace un tiempo los ruidosos escándalos y las crisis nerviosas eran patrimonio indiscutible del sufriente príncipe Rainiero, que solía enterarse siempre por terceros de las incontables aventuras de sus díscolas muchachas. Pero está visto que las indomables monegascas han sentado escuela.

Sarah Ferguson, "la impulsiva pelirroja" —como la llama el ya a esta altura celebérrimo Andrew Morton— ha dado en los últimos tiempos pruebas suficientes de que el hecho de que el poder real tambalee o deje de tambalear por su culpa le importa bien poco. Pero claro, una cosa es estar condenada a ser por siempre duquesa de York y otra muy distinta albergar —aunque sea remotamente, sobre todo por la admirable tenacidad con que la Reina se aferra a su milenario trono— la esperanza de llegar a sostener algún día entre sus manos el cetro de monarca. Por eso lo de Lady Di es más delicado o, por lo menos, así parece pensar ella, que se ha esforzado durante diez años de matrimonio, al parecer no demasiado feliz, en mostrar una imagen que sus recientes ataques de llanto en público, la aparición de una sugestiva grabación de su voz conversando con un supuesto confesor-amante y la ruidosa publicación de la biografía dudosamente no autorizada de Andrew Morton, *Diana, su verdadera historia*, han comenzado a desmentir y a cambiar la imagen de la feliz, casi cenicienta (una peculiar cenicienta con niñera, caballos y castillo propio), por la de una desgraciada mujer presa entre los invisibles barrotes de una cárcel palaciega.

La biografía, acompañada por una gran cantidad de fotos gentilmente cedidas al autor por el padre de Diana antes de su muerte, cuenta la historia de una muchacha intachable e increíblemente virtuosa que ha debido enfrentarse, tal como sucede en los libros que Lady Di lee en sus ratos libres, con innumerables escollos a lo largo de su vida: padres divorciados, una madrastra malvada e injusta, una hermana perfecta y sumamente competitiva, un marido que vive pendiente de otra mujer de la que al parecer siempre estuvo enamorado, una familia política que la ahoga y la desprecia. Los chismes picantes —los que buscamos los lectores en este tipo de libros, para qué vamos a mentir— no abundan. Morton se esfuerza demasiado por crear una imagen angelical de la princesa de Gales, lo cual confirma las sagaces sospechas de que el autor funciona en este caso como alter ego de la cuidadosa Diana que no podría nunca, sin el imposible consentimiento de la Reina, contar de esta manera los entretelones de un palacio y una familia que, después de todo —salvo por el insignificante detalle de la sangre azul—, parece tener los mismos problemas que cualquier otra. Y se permite, además, hacer algunas reflexiones que entre tanto chisme parecen irrelevantes pero que no lo son tanto, sobre todo porque incluyen fuertes críticas a la persistencia de una estructura institucional monárquica que ya parece haber entrado inexorablemente en una etapa de inevitable derrumbe.

Como era de prever, *Diana*... es una biografía en donde la construcción de una historia demasiado maniquea y esquemática no logra convencer del todo a los saludablemente desconfiados lectores del género. Finalmente, como ocurre casi siempre en estos casos, la cuestión sigue siendo creer o no creer.

KARINA GALPERIN



durante el siglo XVIII la explotación de los trabajadores. Fue ésta la fórmula hallada por los azogueros para incrementar la renta, más significativa que las eventuales ganancias, y cuya apropiación implicaba un conflicto con los propietarios.

Es ese esclarecedor análisis el que le permite reconstruir la racionalidad económica de un sistema que no puede explicarse sin la renta mitaya. Sistema excepcional incluso frente a otras formas de coacción, dado que la reproducción de la fuerza de trabajo y su manutención durante períodos de desempleo estaban a cargo de la comunidad indígena y que incluso el salario nominal difícilmente cubría las necesidades inmediatas. Es también este análisis el que abre interrogantes sobre el destino de esa renta.

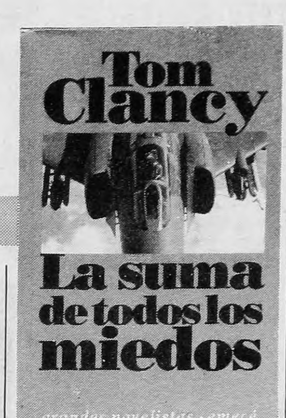
El libro concluye con una comparación con la minería novohispana, sobre la que se cuenta con una bibliografía más abundante, que muestra claramente la excepcionalidad de la minería potosina. La existencia de una renta del trabajo permitió a los productores mineros continuar y aun expandir la producción de plata durante el siglo XVIII, a partir de un aumento de la explotación de la mano de obra forzada, a la vez que inhibió las inversiones y convirtió esa expansión en comparativamente moderada.

Junto al trabajo de un reducido grupo de historiadores dedicados a los estudios andinos, este libro de Enrique Tandeter constituye un destacadísimo aporte a la renovación de esos estudios. Es también signo de otra renovación. Durante los últimos años surgió en la Argentina un núcleo de especialistas, que ya ha comenzado a disgregarse, que auguraba una expansión de los estudios coloniales en nuestro país. Este libro es también una contribución importante a esta otra renovación que es de esperar no quede inconclusa, como tantas en el pasado.

JUAN CARLOS KOROL

FICCION

Otra guerra fría



LA SUMA DE TODOS LOS MIEDOS, por Tom Clancy. Emecé Editores, 790 páginas.

Campea cierta nostalgia de los tiempos en que la Guerra Fría era un juego de patriotas, a un lado y a otro de los ex contendientes: capitalismo y comunismo. Era la época donde los guerreros medían sus fuerzas en un equilibrio bélico siniestro que, al menos, tenía el regusto de una lucha de varones. Aquellos viejos tiempos han terminado, porque se cayó como un simple alambre tejido el Muro de Berlín y se esfumó como una vulgar voluta de humo el espíritu bolchevique. Sin embargo, para Tom Clancy los buenos siguen siendo los mismos de antaño y los malos de entonces crearon con su ideología a los perversos de siempre, el terrorismo internacional, ahora convertido a la causa de los palestinos.

La suma de todos los miedos es la novela clásica de un escritor que se resiste a perder la tensión prebélica que brindaba la rivalidad entre los dos sistemas político-económicos que añora el conflicto y las operaciones especiales de los espías de la CIA o del KGB, y que busca con afán de mastín en celo un nuevo rival de fuste que justifique el mantenimiento de los gastos en armas de guerra. Clancy ficciona aquí que el mundo se encamina hacia la paz, pero así también aparecen en escena los que se oponen a tan buen propósito. El gobierno norteamericano consigue armar un plan de estabilidad para el trasegado Medio Oriente después del surgimiento del Nuevo Orden Mundial, en el que participan todas las religiones que nacieron en la región. Pero nadie contó con la capacidad del terrorismo que decide hacer estallar el acuerdo de paz, tratando de retrotraer la situación a los últimos años de la década pasada.

El autor desperdiga unas cuantas bombas de tiempo en los primeros capítulos del extenso volumen que, como es obvio, explotan a lo largo del texto. La técnica, aunque conocida, ofrece la ventaja del misterio y el suspenso que Clancy maneja con oficio y ritmo cinematográficos. Los conocimientos del lenguaje y los códigos militares le dan un handicap justificado para crear un clima que tiene todos los ingredientes imprescindibles para atrapar al lector, más allá del ideario del escritor.

Clancy urde una gran conspiración nuclear, aderezada con una impecable batalla entre submarinos, al estilo de *La caza al Octubre Rojo,* mezclada con las intrigas de palacio en Washington y la rivalidad latente que aún subsiste entre dos grandes challengers: el Kremlin y la Casa Blanca.

EDUARDO BARCELONA

BIOGRAFIA

Creer o no creer

DIANA, SU VERDADERA HISTORIA, por Andrew Morton. Editorial Emecé, 222 páginas.

Pocos son los que pueden jactarse de no ceder, aunque sea de vez en cuando, a la tentación del chisme. Incluso los ingleses —tan respetuosos de la vida privada, tan reservados— han sucumbido a las delicias de la mirada propia en las vidas ajenas. Sobre todo, por supuesto, cuando se trata de curiosear no en las intimidades del vecino (que después de todo no deben ser tan diferentes de las propias) sino en los hasta hace poco silenciosos escándalos que sacudían secretamente las relaciones entre los miembros de la caricaturesca familia real británica, en la què —según parece— las relaciones matrimoniales nunca fueron demasiado apacibles.





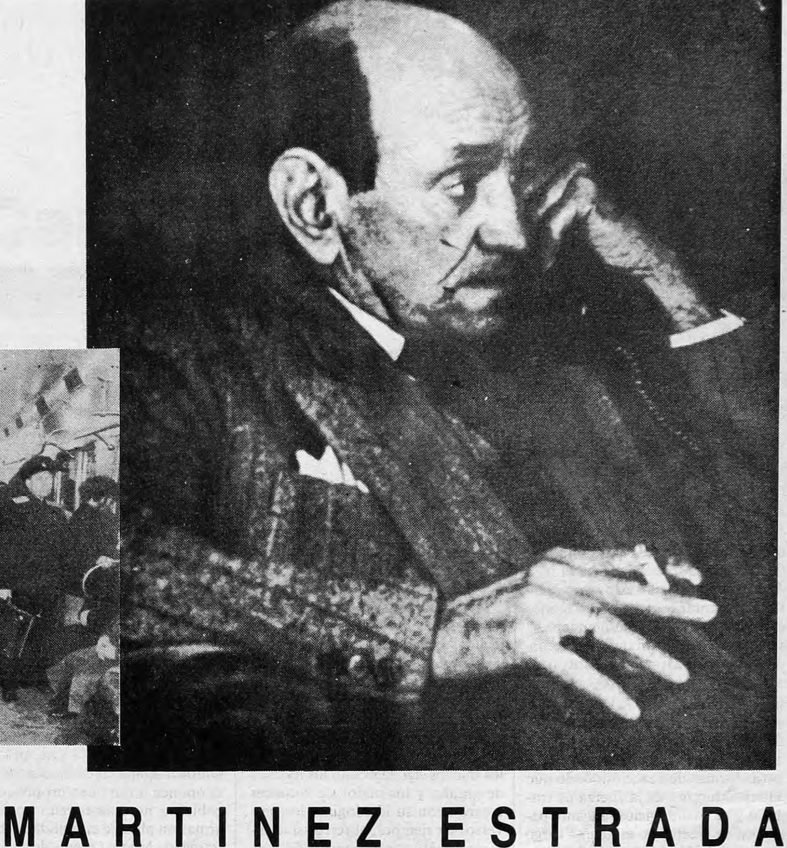
Porque dentro de todo (exceptuando quizá las conocidas escapadas del principito Andrés —finalmente no tan heredero al trono como su poco agraciado hermano Carlos— con la famosa actriz porno Katherine "Koo" Stark) la primera plana de la Familia Real no había, hasta hace poco, dado demasiado que hablar. Hasta hace un tiempo los ruidosos escándalos y las crisis nerviosas eran patrimonio indiscutible del sufriente príncipe Rainiero, que solía enterarse siempre por terceros de las incontables aventuras de sus díscolas muchachas. Pero está visto que las indomables monegascas han sentado escuela.

Sarah Ferguson, "la impulsiva pelirroja" —como la llama el ya a esta altura celebérrimo Andrew Morton— ha dado en los últimos tiempos pruebas suficientes de que el hecho de que el poder real tambalee o deje de tambalear por su culpa le importa bien poco. Pero claro, una cosa es estar condenada a ser por siempre duquesa de York y otra muy distinta albergar —aunque sea remotamente, sobre todo por la admirable tenacidad con que la Reina se aferra a su milenario trono— la esperanza de llegar a sostener algún día entre sus manos el cetro de monarca. Por eso lo de Lady Di es más delicado o, por lo menos, así parece pensar ella, que se ha esforzado durante diez años de matrimonio, al parecer no demasiado feliz, en mostrar una imagen que sus recientes ataques de llanto en público, la aparición de una sugestiva grabación de su voz conversando con un supuesto confesor-amante y la ruidosa publicación de la biografía dudosamente no autorizada de Andrew Morton, *Diana, su verdadera historia*, han comenzado a desmentir y a cambiar la imagen de la feliz, casi cenicienta (una peculiar cenicienta con niñera, caballos y castillo propio), por la de una desgraciada mujer presa entre los invisibles barrotes de una cárcel palaciega.

La biografía, acompañada por una gran cantidad de fotos gentilmente cedidas al autor por el padre de Diana antes de su muerte, cuenta la historia de una muchacha intachable e increíblemente virtuosa que ha debido enfrentarse, tal como sucede en los libros que Lady Di lee en sus ratos libres, con innumerables escollos a lo largo de su vida: padres divorciados, una madrastra malvada e injusta, una hermana perfecta y sumamente competitiva, un marido que vive pendiente de otra mujer de la que al parecer siempre estuvo enamorado, una familia política que la ahoga y la desprecia. Los chismes picantes —los que buscamos los lectores en este tipo de libros, para qué vamos a mentir— no abundan. Morton se esfuerza demasiado por crear una imagen angelical de la princesa de Gales, lo cual confirma las sagaces sospechas de que el autor funciona en este caso como alter ego de la cuidadosa Diana que no podría nunca, sin el imposible consentimiento de la Reina, contar de esta manera los entretelones de un palacio y una familia que, después de todo —salvo por el insignificante detalle de la sangre azul—, parece tener los mismos problemas que cualquier otra. Y se permite, además, hacer algunas reflexiones que entre tanto chisme parecen irrelevantes pero que no lo son tanto, sobre todo porque incluyen fuertes críticas a la persistencia de una estructura institucional monárquica que ya parece haber entrado inexorablemente en una etapa de inevitable derrumbe.

Como era de prever, *Diana*... es una biografía en donde la construcción de una historia demasiado maniquea y esquemática no logra convencer del todo a los saludablemente desconfiados lectores del género. Finalmente, como ocurre casi siempre en estos casos, la cuestión sigue siendo creer o no creer.

KARINA GALPERIN





MARTINEZ ESTRADA

La literatura

"Marta Riquelme", una novela breve que Ezequiel Martínez Estrada publicó en 1957 y que acaba de reeditarse, es el cabal reflejo de sus desventuras durante el peronismo. Relato laberíntico, es también el perfecto retrato de toda una época argentina.

ALVARO ABOS

La reciente reedición de *Marta Riquelme*[1] vuelve a poner en circulación una obra singular de la narrativa argentina. Martínez Estrada relata sus vicisitudes como prologuista y editor de un libro fantasma: las memorias de Marta Riquêlme, una escritora de la que se ignora el paradero, y ni siquiera se sabe si está viva o ha muerto. Incluso el manuscrito se ha perdido, traspapelado en el taller gráfico que debía imprimirlo. Quizás alguien lo haya robado.

La novela breve *Marta Riquelme*, que el lector tiene en sus manos, se reduce al prólogo de Martínez Estrada. De las 1785 páginas de las que constaba el original perdido, sólo restan algunos fragmentos, algunas hebras que recoge y transcribe el prologuista, porque, en el arduo proceso de reconstrucción del farragoso mamotreto, las ha memorizado. *Marta Riquelme* es el intento (imposible) de reconstruir un libro que no existe escrito por una autora que se ha esfumado: Marta Riquelme es una "desaparecida" *avant la lettre*. En este punto, como en otros, la escritura narrativa de Martínez Estrada permite relecturas políticas cuyo sentido sólo ha completado el tiempo.

El relato descubre los esfuerzos de Martínez Estrada para dotar de alguna coherencia a las páginas escritas por la Riquelme, tachadas, reelaboradas, frecuentemente inintelígibles. En ese discurso laberíntico, ningún sentido es seguro. Hay fragmentos intercalados cuya ubicación es incierta. Todo es conjetural, oscuro, y la operación de descifrar el texto está condenada al fracaso. Quedan sólo atisbos que iluminan fugazmente el relato, a la manera de relámpagos que interrumpen las tinieblas: el texto alude a una familia aniquilada por las rivalidades, a una casona familiar que nadie administra, a un grupo humano que vive en trance de hostilidad manifiesta. Pero lo que finalmente atestigua *Marta Riquelme* es la imposibilidad de narrar, la irrisión de todo discurso en un mundo en el que cualquier certeza se ha derrumbado. Reflexión sobre un orbe agonizante y constatación del fracaso del escritor como demiurgo, *Marta Riquelme* abre un abanico de lúcidos destellos. No hay lecturas sin fecha, decía Ernest Fischer, y la lectura de *Marta Riquelme* hoy, a cuatro décadas de su composición, revela una aguda anticipación de la decadencia argentina y de la crisis ideológica, signo de nuestro presente. La asombrosa modernidad de *Marta Riquelme* la conecta con una línea narrativa de corte metaliterario, en una línea que va de Nabokov a Calvino, de Queneau a Perec, de Auster a Barnes: la autointerrogación sobre sus fantasmas es la vía de la literatura para indagar sus propias imposibilidades y las de un mundo más que nunca opaco e impenetrable.

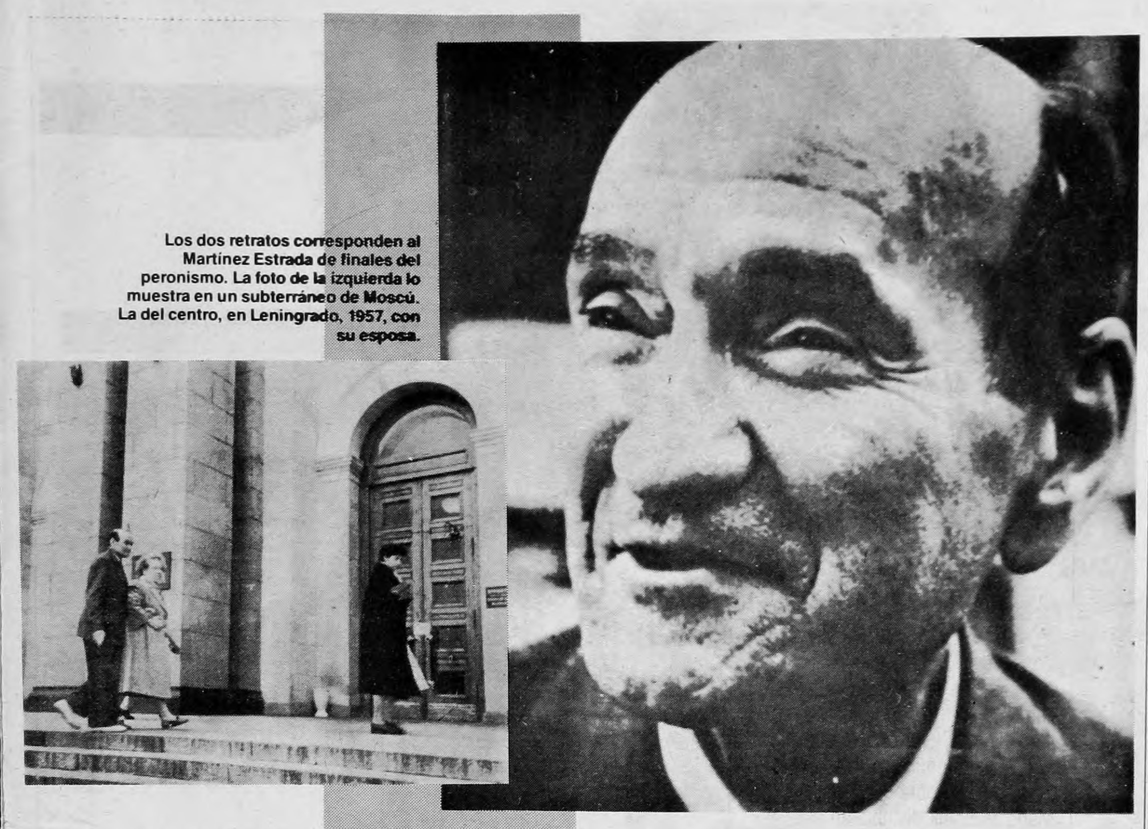
En relación con la obra total de su autor, *Marta Riquelme* es una parábola del fracaso de Martínez Estrada como constructor de saberes absolutos e inmutables. A la radiografía global que postuló en el libro que sus contemporáneos juzgaron su obra magna, Martínez Estrada opone en *Marta Riquelme* el bosquejo inacabado, el borrador indescifrable. Del libro total al libro inexistente, de la soberbia de las ideas a la relatividad de la literatura: en ese trayecto, Martínez Estrada dinamitó impiadosamente su propio mausoleo. *Marta Riquelme* es una bomba de tiempo incrustrada en el corazón de un corpus ideológico clausurado. *Marta Riquelme* habla a los lectores de hoy con un lenguaje de rabiosa contemporaneidad, como pocas obras pueden hacerlo en la ficción argentina. De allí la oportunidad de este rescate editorial, aunque me consta que para muchos lectores, especialmente jóvenes, *Marta Riquelme* venía siendo considerada una obra maestra secreta, un *cult book*.

Martínez Estrada tenía 51 años cuando el peronismo llegó al poder. Fue, como casi todos los intelectuales de entonces, un acérrimo antiperonista. Como Borges, como Victoria Ocampo, como Cortázar, como Mallea. Fueron hostigados por la torpe política de los funcionarios culturales peronistas, pero ninguno de ellos sufrió perjuicios mayores. Es cierto que al funcionario municipal Borges lo trasladaron de la biblioteca en la que trabajaba a un cargo de inspector de aves en el mercado. La prensa peronista cuestionó la venganza, que revelaba una ironía muy borgeana. El diario *Democracia* se preguntaba el 24 de julio de 1946 si "supone el doctor Siri (intendente) que la Patria progresará mucho cuando los escritores se dediquen a cuidar gallinas y los avicultores a escribir novelas". En las postrimerías del gobierno peronista, Victoria Ocampo permaneció arrestada unos días, tras una algarada callejera.

Al margen de estos hechos, pudieron desarrollar su vida literaria, lo que fue reconocido por un notorio antiperonista como H. A. Murena: "Bajo el peronismo, todo el que quiso escribió casi todo lo que quiso. ¿Por qué no reconocer que la autocensura sobrepasó a la censura? Claro que eso es índice de la falta de libertad. Pero muchos contemporáneos hicieron parte importante de su obra bajo el peronismo". Por ejemplo, Mallea y Borges.

Martínez Estrada, por su parte, editó el *Sarmiento* en 1946, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* en 1948 y *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* en 1951, además de varias reediciones de *Radiografía de la Pampa* y de *La cabeza de Goliath*. Al comenzar la década del cincuenta, la cara de Martínez Estrada fue oscureciéndose como consecuencia de una extraña enfermedad de la piel —neurodermitis melánica— contra la que el escritor luchó durante años, deambulando de médico en médico, de hospital en hospital. Para Martínez Estrada el peronismo, ese volcán social que rasgó los moldes del país real, pero también del país pensado (o soñado), era una culpa. Internalizó esa culpa. La consecuencia fue la enfermedad que le oscureció el rostro, que lo convirtió en uno más de aquellos invasores portadores del Mal. Un mal que no sólo pululaba en la atmósfera social y política de la Argentina, que Martínez Estrada sentía contaminada, sino que estaba también en el interior de él mismo, como una acusación inapelable: "...mi situación es muy semejante a la de Job; y en lugar de discurrir sobre el bien y el mal, di en cavilar sobre mi país. Pues así como yo padecía de una enfermedad grande, y si yo pude haber cometido alguna falta pequeña, él la había cometido inmensa. Yo y mi país estábamos enfermos...".

En aquella Argentina de los años



Los dos retratos corresponden al Martínez Estrada de finales del peronismo. La foto de la izquierda lo muestra en un subterráneo de Moscú. La del centro, en Leningrado, 1957, con su esposa.

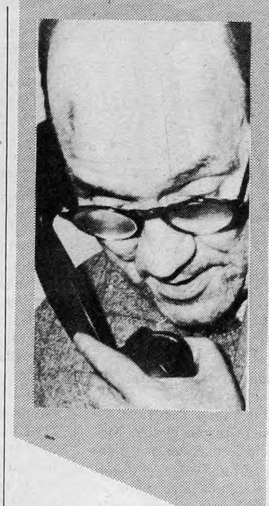
EN LOS 50

como odisea

cincuenta, Martínez Estrada yacía en una cama del hospital Argerich, escuchaba pasar las masas vociferantes rumbo a la Plaza de Mayo y observaba, los días de visita, a las gentes oscuras con paquetes y regalos que poblaban los pasillos mientras el tormento de la enfermedad que lo equiparaba con ellos era, más que corporal, moral y hasta metafísico. Durante las horas interminables —más tarde pasaría al Tornú y al Rawson, y finalmente a la clínica del doctor Bermann en Córdoba—, Martínez Estrada pensaba en los sufrimientos de su amigo entrañable y confidente, el *hermano Quiroga*, también yaciente, quince años atrás, en otro hospital, el de Clínicas, rumiando la decisión fatal.

Cuando cayó el régimen odiado, Martínez Estrada recuperó la salud y comenzó una etapa pletórica de su vida intelectual. Entre 1956 y 1957 publicó once libros[2], escribió en la prensa, pronunció conferencias. La base de su tarea de polemista fue la diatriba contra Perón, catalogado de demagogo delincuente, pero también contra el pueblo que lo seguía: Martínez Estrada no le ahorra dicterios. La diferencia entre Martínez Estrada y el resto de los escritores antiperonistas —todos devotos de la Revolución Libertadora y muchos de ellos funcionarios— fue que aquél se revolvía también contra los militares libertadores.

Martínez Estrada era un hombre de *Sur*. Integraba su comité de redacción, allí se celebraron sus grandes construcciones teóricas. Era amigo personal de Victoria Ocampo, que lo asistió durante la enfermedad. Era un hombre del riñón antiperonista. Por eso sus salidas de tono, sus biliosas referencias al régimen de facto ("Hay antiperonistas hidrófobos que de noche se levantan a socavarnos y ensuciarnos el país", escribió en 1956), su virulento antimilitarismo en un momento en que la *intelligentzia* vivía un idilio con los generales, tenían que resultar indigeribles. Fue Borges quien finalmente lo fulminó como culpable del vicio más nefando: "Elogio indirecto de Perón". Para peor, Martínez Estrada no aceptaba cargos ni prebendas. Sólo recuperó sus viejas cátedras en el Colegio Nacional de La Plata. Eligió el rol de francotirador, el de aguafiestas. Era el escritor eternamente incómodo. Incómodo durante el peronismo. Incómodo después, cuando la inteligencia se instalaba en las poltronas y aplaudía complacida.



Muchas veces se le reprochó a Martínez Estrada el carácter ahistórico de su discurso. "La historia excluida" se llamaba el artículo que David Viñas le dedicó en *Contorno* en diciembre de 1954. "Profesionalismo profético", le recriminaba en ese mismo ejemplar Ismael Viñas, y también una "exuberancia denunciante tal que queda muy poco espacio para lo que no sea descripción del infierno".

Esos elementos, contenidos ya en las cuidadosas estructuras de sus ensayos mayores, aparecen en su tarea panfletista de 1956 y 1957. En tales materiales de derribo está la argamasa con la que forjó sus narraciones, esa zona escondida de su obra, la más viva hoy. De las desmesuras de su espíritu atribulado durante la larga ordalía de la enfermedad, de la volcánica catarata de sus libelos, nació una obra narrativa que conecta con dos referentes, Kafka y Arlt.

La relectura de "¿Qué es esto?", el panfleto que Martínez Estrada dedicó en 1957 al peronismo (muy útil para entender el contexto biográfico y político en el que nació *Marta Riquelme*), puede ser inclemente, como la de cualquier texto político de coyuntura sobre el cual el tiempo ha dibujado sus estrías. Y, sin embargo, en la medida en que la materia sobre la que trata ha pasado a ser casi arqueológica, el texto autoriza un disfrute inédito: leerlo como un libro sobre costumbres políticas remotas.

Pero, convertida la Argentina hoy en una ciénaga ética donde la política es culto impúdico al poder desnudo, hay por lo menos dos rasgos en la escritura política de Martínez Estrada que tienen notoria contemporaneidad. Tanto más cuanto que las décadas transcurridas han levantado la hipoteca historicista que gravó su obra. Tanto más cuando el peronismo, su viejo demonio, ha concluido su ciclo convertido en caricatura farsesca de sí mismo. Uno de esos rasgos es el vigor con el que, quien se autocalificaba de *puritano en el burdel*, practicaba la crítica moral. Otro es el carácter insobornable con el que concebía la clave de la tarea intelectual: el cuestionamiento visceral al poder.

Más que el itinerario de los caminos equivocados por los que se internó Martínez Estrada, importa hoy constatar la musculosidad de su prosa, la intrepidez con que aquel sexagenario acudía al campo de batalla intelectual, su arrojo para lanzarse al vacío una y otra vez, su voracidad de grafómano, asombrosa en esta época, la muestra, de estreñido lenguaje academicista.

Los errores políticos de Martínez Estrada ("en política, los errores acompañan al pensamiento como la sombra al cuerpo", señalaba Camus) dibujan un mapa incierto, y sobre las señales de esa carta de navegación, Martínez Estrada edificó un mundo narrativo en el que la desmesura se transmuta en arte perdurable. Es sintomático que todos los libros publicados por Martínez Estrada en 1956 y 1957 lo hayan sido fuera del catálogo de las grandes editoriales. Emecé había editado "La inundación" en 1943 en sus *Cuadernos de la Quimera*, pero no volvió a reeditarla. "La inundación" integró el volumen de los *Tres cuentos sin amor*, libro que vio la luz en una editorial menor, al igual que los otros tres volúmenes de narrativa. Libros acogidos con un plúmbeo silencio por un medio literario que los etiquetó en privado como la efusión senil de una vieja gloria empeñada, enfadosamente, en escapar del panteón letrado para mezclarse con el ruido y la furia de la vida.

(1) Ezequiel Martínez Estrada, *Marta Riquelme. Examen sin conciencia*. Biblioteca Clásica y Contemporánea, Losada, 1992.

(2) Narrativa: *Tres cuentos sin amor* (Goyanarte, 1956), *Sábado de Gloria* (Nova, 1956), *Marta Riquelme* (Nova, 1957), *La tos y otros entretenimientos* (Lautaro, 1957). Ensayos: *¿Qué es esto? Catilinaria* (Lautaro, 1957). *Exhortaciones* (Burnichon, 1957), *Cuadrante del pampero* (Deucalion, 1957), *Las cuarenta* (Gure, 1957), *El hermano Quiroga* (Instituto Nacional de Investigación y Archivo Literario, Montevideo, 1957), *Heraldos de la verdad* (Nova, 1957).

EL CAZADOR OCULTO

Domingo Cavallo, ministro de Economía; **Mariano Grondona**, periodista.

DC: Sinceramente creo, Mariano, que este programa está dando una imagen del país que no es la verdad (...)

MG: Yo le pido una cosa, ministro: trate, cuando ve mi programa, de verlo completo. Y recuerde que Dios nos dio una lengua y dos orejas...

DC: Yo lo veo al programa, y tengo los oídos bien abiertos, Mariano. Pero creo que si usted quiere reflejar lo que pasa en el país, tendría que elegir muestras **más representativas. Perdóneme. Le digo porque así como** usted utiliza su programa para permanentemente sugerir lo que debemos hacer los que estamos en función gubernamental, yo creo (...) que tengo derecho como ministro de Economía, y de simple ciudadano, a decirle que en materia de comunicación los que quieran ayudar a que se co**nozca la realidad del país tienen** que aplicar una metodología conveniente (...) A mí me gustaría ver el país pintado como yo lo veo. No desde mi despacho, (sino) caminando por la ca**lle. Qué casualidad, que el 90** por ciento de las personas que me dirigen la palabra me dicen: **"Ministro, no se aflija, que vamos bien". Resulta que cuando veo un programa de televisión** —sobre todo el suyo— resulta que nunca aparece una persona que diga: "Lo que están haciendo me está permitiendo vivir mejor". ¡Qué raro, qué raro!

Hora clave. Canal 9, 3 de setiembre, 23 hs.

Eduardo Menem, presidente provisional del Senado.

El gabinete está firme. No se va a producir ningún cambio. Lo ha expresado el propio presidente de la Nación.

La mañana. ATC. 1° de setiembre. 9.34 hs.

Riki Maravilla, cantante; **María Laura Santillán**, animadora.

MLS: ¿Alguna vez soñó que le podía llegar a pasar esto que le pasa?

RM: Yo siempre fui un soñador. Siempre fui un constante elaborador de ilusiones, y te digo sinceramente que se me dio todo. Todo lo que yo me propuse lo he logrado. Me está tentando últimamente la idea de incursionar en la política, ya que muchísima gente de Salta me requiere como gobernador de la provincia.

Fax. Canal 13. 31 de agosto, 19.32 hs.

Lucho Avilés y **Jorge Rial**, animadores.

JR: De Graciela Alfano, vos que sos amigo, te quiero hacer una pregunta: ¿sabés que está escribiendo las memorias?... Se va a llamar "Desde la barricada", el título provisorio del libro...

LA: Va a tener que ponerse alambre de púa adelante...

JR: Dice que va a dar un capítulo a todos y cada uno de los... las personas que conoció durante su vida. Va por el cuarto capítulo... Le faltan los otros 120...

Indiscreciones. Canal 9. 2 de setiembre, 15.16 hs.

Marcelo Cohen
El fin de lo mismo
Anaya & Mario Muchnik

Después de las notables experiencias narrativas reflejadas en libros como "El país de la dama eléctrica" y "El oído absoluto", Marcelo Cohen intenta en "El fin de lo mismo", la obra que Anaya & Mario Muchnik distribuirán esta semana en Buenos Aires, un género nuevo: el de los "novelatos", novelas condensadas de pocas páginas y capítulos breves. Aquí se anticipa, con carácter exclusivo, uno de esos fragmentos: el comienzo de "Lydia en el canal".

EL fin DE LO MISMO



MARCELO COHEN

Ocho menos cuarto de la mañana

Muerte en los umbrales vacíos, en un vaso de plástico que arrastraba el viento, en el cable roto del teléfono público. Muerte en el rezongo del tráfico, en el olor a levadura que asaltaba el aire, muerte en las nubes, y en el cuello de Lydia, entre el pelo y la bufanda, la lengua de la muerte o su canino de vidrio, su pálido redoble como una costra. Se mezclaba con la mugre de las alcantarillas, con los carteles medio rotos, con el vaho del aliento de un cartero: temprano aún y ya la muerte, olisqueando, derramaba sus dalias de hollín sobre el asfalto y las baldosas.

Pero Lydia se ajustó en el hombro la correa del bolso, hundió en los bolsillos las manos enguantadas y esquivó al cartero para llegar a la esquina de la avenida Goñi. Tambaleándose un momento, como si el viento la hubiese empujado, volvió la cabeza a la derecha: bajo un cielo de estopa, sin nada que los detuviera, diecinueve monoblocs se sucedían como pesadas recurrencias de un cerebro exhausto. Lydia parpadeó, y en las azoteas se mecieron las antenas, y el silbato de un tren las cercenó de un sablazo. Cerca de ella, en el barro escarchado, dos chicos jugaban entre matas de pasto amarillento. En la acera de enfrente una mujer barría la entrada del cine donde todas las tardes cantaban los adeptos a la Iglesia de las Vísperas. Cada vez que pasaba un coche los brazos de la mujer parecían confundirse, como si la escoba se hubiera rezagado o perdido la rigidez, y en la quiebra del continuo a Lydia algo le robaba el cuerpo.

La mujer se detuvo y meneó la cabeza. Lydia, despabilándose, adelantó un pie y enseguida dobló por la avenida. Vio pasar un 53 y supo que iba a perderlo. Un poco por detrás de su pensamiento, sin apurar el paso, sacó las manos de los bolsillos y descolgándose el bolso buscó un cigarrillo, también la billetera.

Ocho menos diez de la mañana

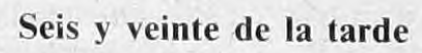
A través del guante sintió que el poste de la parada estaba helado. En la otra mano tenía el cigarrillo. Contraído de frío, soltó el poste y se apoyó de costado, pero cuando quiso abrir la billetera el cigarrillo se le dobló entre los dedos, chamuscó la lana que sobraba en el pulgar y desde la lona del bolso cayó a un charco antes de que ella pudiera atajarlo. Inclinada como había quedado, el bolso se le resbaló mientras la billetera se le escurría hacia arriba como chupada por el aire. Aunque pudo retenerla, no evitó que el bolso se le mojara, ni que el codo, al retroceder, chocara contra el poste. Soltó un insulto; algunos que pasaban la miraron. En cuclillas, con las cosas en el suelo, se sacó los guantes para tirarlos lo más lejos posible y después de frotarse las manos abrió la billetera. Bajo el plástico transparente, con fondo de acacias, la serena mirada de Ceo le sonreía desde un momento perdido.

Ni fulgor ni ceremonia, le pareció que pensaba: la válvula de la muerte bombeando bajo la lengua, la abolladura de la muerte en el consuelo, en la nostalgia de la almohada.

A lo lejos se divisaba otro ómnibus. Ceo seguía sonriendo, impávido, incomprensible. De un tirón violento Lydia sacó la foto de la billetera: pero cuando estaba por romperla, un hombre que se había puesto en la cola le habló solo entre dientes y la foto se arqueó, como si quisiera raspar el aire. Moqueando, Lydia decidió encender otro cigarrillo. Después, a la carrera, volvió al departamentito y estuvo rozando la foto con un dedo antes de guardarla en un cajón, debajo de pulóveres, de documentos, con la máquina de afeitar qué era una de las pocas cosas de Ceo que no había regalado. Iba a llegar tarde al trabajo. Volvió a la parada tirando del cuerpo.

Seis y veinte de la tarde

En la penumbra atenuada por la luz de los comercios, a orillas del tráfico escaso, grupos de muchachos y chicas llenaban las aceras lanzando al aire un parloteo sordo, eléctrico, casi siempre contuso y estancado. Se sentaban en la acera, en los umbrales, sobre televisores viejos o lavarropas oxidados, a mirarse la ropa y ensayar golpes de karate y beber cerveza en botellas de plástico. A la entrada de la pizzería Vértiz, bajo el fulgor del neón defectuoso, cuatro enormes radiocasetes multiplicaban canciones de moda, y entre el olor a orégano y a fritanga y el eco de los bajos eléctricos algunas chicas movían el torso maquinal, morosamente, creando ondas que daban a los edificios una opacidad más terca.



A la vuelta del trabajo Lydia bajaba del ómnibus en la esquina de avenida Goñi y Mercedario. Ahora enconada, le tocaba usar los codos para surcar el gentío que a la puerta del cine, entre la unción y la inconsciencia, escuchaba a los predicadores de la Iglesia de las Vísperas. Eran viejos enclenques, desocupados crónicos, empleados públicos cesantes, lisiados de guerra, pero sobre todo la misma clase de jóvenes que poblaban el barrio entero de una astenia menesterosa, derrochadora sin embargo, como si los truncos sueños de progreso les hubieran detenido la piel y los hábitos en una vaga adolescencia.

Lydia sorteó el tumulto y avanzó por Mercedario. Ante la puerta de la peluquería, tres rapados con chaquetones militares comían pan con huevos duros admirando la enorme moto que un indio gordo hacía bramar junto a la acera. Uno de los rapados, una piba, llevaba unos vaqueros tan estrechos que bajo la curva del pubis la costura se le hundía en el sexo. A todos el brillo del cromo les ponía en las caras una lejanía alelada e inmóvil, como si el deseo de la moto les saqueara velozmente el cráneo. Lydia pensó que quizá les pasara otra cosa. Se ajustó la bufanda y sólo entonces tembló. En realidad no podía decir nada. El barrio no era mucho más que esa calle, con la explanada de monoblocs a un lado y al otro varios negocios, pensiones, decrépitos inquilinatos de tres pisos y al fondo las chapas de la villa miseria, pero ella había llegado hacía apenas unas semanas y apenas diez días después de que Ceo se muriera, y lo único que sabía era que ahí, por dictamen o por astucia, se vivía hacinado pero barato. Algunos de esos muchachos aguantaban entre cinco el alquiler de una unidad mínima; para las parejas recién casadas existían ciertas franquicias. A ella la habían obligado: viuda y empleada, había dicho el inspector de vivienda, el reglamento de interacción solidaria le adjudicaba un solo ambiente con cocinita y baño. El dueño del departamento que alquilaba con Ceo no era propenso a compasiones: una semana después del entierro la habían desalojado para trasladarla al monobloc. Cuatro y medio por seis eran medidas lujosas para ese barrio, pero las cosas de Ceo no le habían cabido.

Siete menos veinticinco de la tarde

Aunque el viento del canal venía golpeándole la cara, sólo el dolor en las cervicales le recordó que estaba adosada a un cuerpo. El retumbo de los radiocasetes la aturdía. Cuando entró a comprar galletas, la panadera, una cincuentona lozana y artificial, le gritó casi que se llevara algo más, que a la familia había que alimentarla. "Debemos velar por los nuestros", concluyó, fraguando un suspiro adecuado a la frase. Lydia se obligó a sostenerle la mirada indagadora, como si sorteando esa prueba fuese a conquistar un poco de inmunidad.

"Pero es que yo soy soltera", dijo.

